5

EL DIVORCIO POR AMOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

EN VERSO,

POR D. F. E. CASTRILLON.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CALLE DE LA CRUZ
EL DIA 17 DE FEBRERO DE 1808.

Dos esposos bien unidos
no se deben separar
sino en el postrer suspiro.
Arab. Acto 3.º Escena 7. pág. 27.

CON LICENCIA: EN MADRID

EN LA OFICINA DE DON BENITO GARCÍA Y COMPAÑÍA,
AÑO DE 1808.

Se hallará en la librería de los Señores viuda de Quiroga y Sainz, calle de las Carretas, número 9, con quantas comedias, tragedias y saynetes se han impreso hasta esta época.

PERSONAS:

Cárlos Duval..Señor Juan Carretero.

Arabela, su esposa..................................Señora Coleta Paz.

Enrique, su hijo, niño de cinco años...

Madama Duval, anciana, madre de Cárlos....................................} Señora Josefa Virg.

Mr. Courville, comerciante......................Señor Josef Diez.

Mr. Armad, su amigo.............................Señor Antonio Ortigas.

Mr. Dupol...Señor Francisco Baca.

Francisco, antigüo criado de Arabela..Señor Mariano Querol.

La Escena es en Marsella.

ACTO PRIMERO.

El Teatro figura una magnífica sala, pero sus adornos no serán correspondientes: se verán las ventanas y puertas sin cortinas, en la pared el hueco donde hubo un espejo: una silla del mayor luxo estará á un lado, y junto á ella otras de paja de las mas humildes: una mesa de madera sin ningun adorno, en la qual habrá un candelero con un cabo de vela, que casi se estará apagando: á un lado una ventana usual.

ESCENA PRIMERA.

Arabela sentada junto á la mesa bordando.

Arab. Aun no concluyo mi obra,
y ya se acaba la vela
que me alumbra: si me falta
la luz ántes que amanezca,
y el sueño me rinde, entónces
es imposible que pueda
concluir hasta muy tarde
este pañuelo. Arabela,
qué infeliz eres!

ESCENA II.

Dicha, y Francisco que sale de puntillas.

Franc. Señora,
pasasteis la noche en vela?
Arab. Ya lo ves.
Franc. Muger heróica. *aparte.*
Pero espavilar siquiera
ese cabo: Ay Dios!
Va á espavilar y apaga la luz.
Arab. Qué has hecho?
Franc. Como la mano me tiembla
apagué la luz. En fin,
ya poco tenia ella
de vida.
Arab. Pero ese poco
puede que tiempo me diera
para acabar el pañuelo.
Franc. Si el demonio de la vela
se apagó, qué hèmos de hacer.
Aprovechad tan siquiera
este rato en descansar.
Arab. Que descanso quieres tenga
quien sabe que de su afan
depende la subsistencia
de su esposo, de su hijo,
y de una anciana.
Franc. Una suegra
por todos quatro costados.
Yo no tuviera paciencia
para aguantar su mal genio.
Arab. Qué quieres? Anciana y ciega.
Franc. Y sorda para mas gracia.
Arab. Por lo mismo de por fuerza
ha de vivir disgustada.
Franc. Admiro vuestra prudencia;
pero señora, es posible
que no querais vuestras penas
confiar?
Arab. A quién Francisco?
Franc. No habrá algun amigo?
Arab. Y quedan
amigos á un desgraciado!

Franc. Sí señora: pues la regla
no es tan general que á veces
sus excepciones no tenga.
Aun hay hombres en el mundo
que de ser hombres se precian.

Arab. Poquísimos.

Franc. Oh, no tal.
pues quedamos en tinieblas
bien será que conversemos.
A obscuras no sé que pueda
buscarse mejor recurso
para llevar con paciencia
el tiempo. Sabeis señora,
que tengo una cierta nueva
que comunicaros.

Arab. Quál?

Franc. Es que luego no quisiera
que os enojarais.

Arab. Por qué!

Franc. Pues sabed que está de vuelta
Mr. Armand.

Arab. Sea en buen hora.

Franc. Yo le he hablado.

Arab. Quizás venga
el alba: abre la ventana.

Franc. Allá voy... Con qué destreza

Va á abrir la ventana.

muda de conversacion.

Se aclara el teatro.

Arab. Ay, que ya es de dia: acerca
esa mesa á la ventana
y concluiré mi tarea.

Franc. No juzgué fuese tan tarde.

Arab. Y con tus impertinencias
me has hecho perder el tiempo.

Franc. Impertinencias? Quisiera
persuadiros que en Armand
teneis....

Arab. Mira si aun sosiega
tu amo.

Franc. Vaya, está visto
que jamás á esta materia
contestará: qué muger! *vase.*

Arab. Que Armand está ya en Marsella.
Bien dice Francisco, él es
mi único amigo: sus prendas
le merecen este nombre,
mas nunca sabrá mis penas,
nunca yo recurriré
á el favor que me franquea
su amistad.

Sale Francisco.

Franc. Aun duerme mi amo.

Arab. Lo celebro. El cielo quiera
que sea su sueño tranquilo.

Franc. Quiéralo Dios; pero fuera
harto mejor se acordase
de que su esposa está en vela.

Arab. Crees que mi situacion
no le affige?

Franc. Si es que piensa
que por su causa os hallais
reducida....

Arab. No lo creas:
mi esposo no tiene culpa.

Franc. Vaya, esto me desespera;
pues decid qué diablos hizo
de las quantiosas riquezas
que disfrutaba, y que fuéron
causa de que consiguiera
vuestra mano, pues mi amo
(Dios en su gloria le tenga)
mirando que era mas rico
que Armand, hizo de manera
que el otro fué despedido.

Arab. Dexemos esta materia.

Franc. Para gastar en tres meses
tanto caudal, de por fuerza
habrá tenido.....

Arab. Desgracias,
y esto basta.

Franc. Norabuena;
pero qué desgracia ha sido
la que ruina tan completa
ha causado?

Arab. Yo lo ignoro.
No quise agravar sus penas
con semejante pregunta.

Franc. Y con silencio y paciencia
sufris la suerte mas dura
del mundo. No habrá quien crea
que os desposasteis con él
tan solo por obediencia.
y sin amor.

Arab. Por lo mismo;
porque el amor no me ciega,
pude juzgar su carácter,
y dar á sus buenas prendas
el mismo valor que tienen
en realidad: fuéron ellas
las que inspiráron á mi alma
la estimacion mas completa.
Despues tuvimos un hijo,
y el nombre de madre estrecha
mas mi estimacion, de modo
que en una amistad perfecta
vivimos sin echar ménos
los extremos y ternezas
del amor.
Franc. Lo mejor es,
como ocultais á la suegra
la situacion á que estais
reducidos.
Arab. Como es ciega
es bien fácil de engañar.
Nada supo de la venta
de los muebles, porque yo
conservé la silla esa
de que se sirve, y su cama.
Franc. Me rio quando vocea
llamando á tantos criados
como habia, y qual reniega
como nadie la responde,
sino yo. *Arab.* Quiero no sepa
que los hemos despedido.
Gracias á Dios, mi tarea
concluí. Ves al instante
donde sabes á venderla.
Franc. Muy bien.
Arab. Traerás lo primero
el café, para que pueda
mi madre desayunarse.
Franc. Eso es preciso.
Arab. Antes dexa
aquí su taza.
Franc. Quál taza?
La de china? Ya está fuera
de casa.
Arab. Vendida? *Franc.* Sí:
para que el niño tuviera
zapatos la vendí ayer.
Arab. Qué dirá quando lo sepa
mi madre?
Franc. Puede que acaso
no lo conozca... Ya suenan
pasos.
Arab. Mira si es tu amo.
Vase Francisco.
Arab. Que situacion tan funesta
es la mia! Dios eterno,
tu soberana clemencia
imploro.
Sale Francisco.
Franc. Madama viene,
y el amo por la otra puerta
ha salido.
Arab. Se ha marchado
sin verme? A qué diligencia
irá. *Franc.* Yo no sé.
Madama Duval desde dentro.
Mad. Tomás?
Franc. Sí, llamale hasta que venga.
Arab. Ves á vender el pañuelo
y traer café.
Franc. De vuelta
estaré pronto.

ESCENA III.

Arabela y Madama Duval, que sale con un baston. Arabela se adelanta y la conduce á una silla, advirtiendo que siempre que la habla debe haeerlo en voz alta: igualmente ella ha de manifestar en el tono con que la responde quanto la aborrece.

Mad. Tomás?
Válgame Dios que paciencia!
Arab. Qué quereis amada madre?
Mad. Nada: mi señora nuera: *con enfado.*
llamo á Tomás.
Arab. Está enfermo.
Mad. Qué....
Arab. Que está enfermo.
Mad. De veras?
Pobre muchacho, lo siento.
Vaya, pues venga qualquiera
de los otros.

Arab. Ay Dios mio! *aparte.*
Decid quanto se os ofrezca
que yo os serviré.
Mad. Mil gracias, *con ironía.*
no es regular que mi nuera
se incomode tanto. *Arab.* Vaya,
qué queriais?
Mad. Que me traxeran
el desayuno. *Arab.* Al instante
os le van á traer. *Mad.* Apénas
me levanto, necesito
desayunarme, ó expuesta
estoy á que me dé el flato.
Hace que sigo esta regla
cincuenta años, y no es justo
el que aguarde horas enteras
unas quantas cucharadas
de café.
Arab. Tened paciencia,
que Francisco está á buscar
los bizcochos. De por fuerza
tardará, porque está el pobre
algo torpe.
Mad. Mejor fuera
haber enviado á otro:
á bien que en la casa ésta
hay abundancia de zánganos.
Arab. Yo no sé qué responderla. *ap.*
Mad. Pero son como sus amos,
ninguno de mí se acuerda,
y entre tantos ni uno solo
se digna venir siquiera
á ver si algo se me ofrece.
Arab. Ya no hay la familia mesma
que habia. *Mad.* Cómo?
Arab. Mi esposo
despidió algunos. *Mad.* Sí: eran
demasiados. *Arab.* Por lo mismo
aconseja la prudencia
establecer cierto órden
de economía.
Mad. Y que entra
en la nueva economía
quitar á la pobre ciega
su café? *Arab.* Podeis creer
tal disparate. *Mad.* Arabela,
quando tu esposo era niño
no estaba la casa nuestra
muy sobrada, mas con todo,
porque él no careciera
de nada, sabia yo
gastar ménos que quisiera.
Ahora le tocaba hacerlo
por su madre, si esto fuera
preciso, una gala ménos
á su esposa, y que se invierta
aquello en bien de la madre.
Esto era cosa muy puesta
en razon. *Arab.* Pero advertid....
Mad. Calla, que aunque me hallo ciega,
á veces veo mas claro
que deseára: no creas
se me oculta que la casa
va á la diabla: que no reyna
sino el desórden. En fin,
quando los amos se entregan
al ocio....

ESCENA IV.

Dichas y Enrique.

Enriq. Felices dias
querida Mamá.
Mad. Vén, llega
á darme un abrazo, Enrique.
No te acuerdas de tu abuela?
Enriq. Sí señora.
Mad. Pobre niño!
Si en esta casa se esmeran
en cuidar tanto á los niños
como á los viejos, de veras
te compadezco.
Arab. Ay Dios mio,
quán infundada es su queja.
Mad. A que aun estás en ayunas?
Enriq. Si señora.
Mad. Eh: harto fuera
el que yo me equivocase.
Mad. Y te darian la cena
ayer al anochecer.
Enriq. Ayer no cené.
Mad. Te acuestan
sin tomar nada? *Arab.* Comió
mucha fruta.

Mad. Y que comiera.
Nada hace daño á los niños.
Con que tendrás de por fuerza
mucha hambre?
Enriq. Sí que tengo.
Arab. Oxalá darle pudiera *aparte.*
mi sangre.
Mad. Pues dí á tu madre
que se llegue á la dispensa,
y que te dé alguna cosa.
Enriq. Yo quiero pan con manteca.
Mad. Bien, que te le dé tu madre.
Si yo no estuviera ciega
la ahorraria ese trabajo.
Arab. Hijo mio, ten paciencia,
que ya va á venir Francisco.
Mad. Qué dice?
Arab. Que apénas venga
Francisco.
Mad. Y por qué aguardar
á Francisco? Quando era
tu esposo de aquesta edad
solía veces diversas
incomodarme pidiendo
algo, y aunque yo estuviera
trabajando.... porque yo
trabajaba: sí, Arabela,
no era como algunas damas....
Pues digo, que aunque estuviera
trabajando, lo dexaba,
y se lo iba á dar yo mesma.
Pero las damas de ahora....
Enriq. No riñais querida abuela,
que voy á ver si Francisco
viene ya. *vase saltando.*

ESCENA V.

Dichas ménos Enrique.

Mad. Señora nuera,
que os enojeis ó que no,
yo he de decir lo que sienta.
Quando os casasteis con mi hijo,
á la verdad, yo pudiera
haberme opuesto *Arab.* Ya sé
que yo no tenia hacienda
ninguna.
Mad. Qué estás diciendo?
Arab. Digo que bien se me acuerda
que era pobre.
Mad. Yo tambien
me acuerdo; y á buena cuenta
que ya mi hijo estaba rico;
pero le dexé eligiera
muger segun su capricho,
y eso aunque estaba cierta
de que tú no le querias,
porque un tal Armand....
Arab. Qué ofensa
os hice para que ahora
me recordeis....
Mad. Dicen que era
un hombre honrado, de forma,
que cedió porque pudiera
su querida disfrutar
de mas fausto y opulencia
que él podia sostener.
En efecto, es buena prueba
de cariño. Por tu parte,
me informáron de que eras
un modelo de virtud,
y yo dixe: norabuena
case con mi hijo, aunque pobre;
pues con eso será ella
mas agradecida, y luego
quando yo llegue á ser vieja,
cuidará mejor de mí.
Pero amiga, estas ideas
se frustráron en un todo:
sí, se frustráron de veras.
Sin embargo, no lo siento
por mí; pero que se tenga
tal descuido y abandono
con Enrique, eso me llega
al alma. Sí: entíendelo,
aunque tú su madre seas.
Yo le quiero mucho mas,
y así te advierto que....

ESCENA VI.

Dichos, Enrique y Francisco.

Enriq. Abuela,
ya está aquí Francisco.

Mad. Bien:
díle que te dé siquiera
de almorzar.
El niño se llega á su abuela, que le acaricia. Arabela va á recibir á Francisco: hablan los dos aparte á media voz.
Franc. Traîgo el pañuelo.
Arab. Cómo?
Franc. Maldîta ralea...
No me ofreció quatro francos
el judío? *Arab.* A mí me cuesta
otro tanto. *Franc.* Por lo mismo
no le dexé: se aprovechan
de que hay necesidad.
Arab. Amigo, pues, nos estrechan
las circunstancias: vé pronto,
toma esos francos, y apriesa
trae café y una tostada
para Enrique.
Franc. Antes quisiera
deciros... *Mad.* Hijo, qué susurro
es ese. *Enriq.* No sé.
Mad. Me desesperan
estos misterios contínuos.
Franc. Me paró junto á la puerta
de casa, y me preguntó
sobre la situacion vuestra.
Arab. Y no sabes quién es?
Franc. No.
Arab. Pero á lo ménos qué señas
tiene? *Franc.* Un hombre de edad,
vestido de luto, y muestra
estar muy triste.
Mad. Francîsco?
Hombre, que tiene flaqueza
este niño. *Arab.* Marcha, pronto.
Franc. Vaya, ven: verás qué buena
rebanada que buscamos.
Enriq. Que tenga mucha manteca.
Franc. Muchísima.
Mad. Mi café.
Franc. Al instante. *vas, y Enriq.*
Mad. Sí.
Lo ménos hace hora y media
que me dicen que al instante.
Ya me falta la paciencia.

ESCENA VII.

Dichas, y Cárlos que entra como agitado.

Carl. Madre, muy felices dias.
La besa la mano.
Mad. Ola, me alegro que vengas.
Carl. Querida esposa. *la abraza.*
Arab. Que susto
me has dado. *Carl.* Con qué?
Arab. Con esa
salida tan de mañana.
Dónde has ido?
Carl. Me fué fuerza
salir.
Mad. Cárlos?
Carl. Qué mandais?
Mad. Sabes que tengo mil quejas
que darte? *Carl.* Quejas?
Mad. Y justas.
Aquí no se me respeta,
ni se me cuida ni nada.
Carl. Madre, qué decís! *con viveza.*
Mad. No creas
que hablo por tí ni tu esposa.
Los criados....
Carl. Ah, si viera *aparte:*
que están todos despedidos.
Mad. Los llamo, y ni uno siquiera
responde.
Carl. Es porque....
Mad. Hijo mio,
el amo sirve de regla
al criado. Aquella casa
en que el amo no está alerta,
ni cuida de cosa alguna....
Carl. Madre!... *con el mayor dolor.*
Mad. Con indiferencia
se me trata, y á Enriquito
del mismo modo.
Carl. Arabela, *arrojándose en sus brazos.*
perdóname.
Arab. Nada tengo
que perdonar.
Carl. Tantas penas
como padeces por mí.

ESCENA VIII.

Dichos, y Francisco con una taza de café, y bizcochos.

Franc. Aquí está el café.

Mad. Dios sea
bendito.

Francisco llega la mesa á la silla de Madama, y la va dando los bizcochos en la mano. Miéntras tanto, Carlos y Arabela hablan á media voz algo distantes.

Carl. Qué injustamente
mi madre de tí se quexa.

Arab. Por fortuna no conoce
nuestra situacion funesta.

Carl. Una esposa que hace un mes
que se afana y atarea
por mantener á una anciana,
que la ultraja y atormenta,
y á un esposo que la arruina.

Arab. Muy pocas habrá que puedan
decir que emplean mejor
el tiempo. Querido, cesa
de afligirte.

ESCENA IX.

Dichos, y Enrique que sale con una tostada.

Enriq. Ya me han dado
mi tostada de manteca.

Mad. Mas vale tarde que nunca.

Franc. Aunque de paso, ahí va esa
rociada.

Enriq. Papá, no veis... *le enseña los pies.*
zapatos nuevos.

Carl. Por fuerza
habrás ya dado las gracias
á tu madre?

Enriq. No. *Carl.* Pues llega,
hijo mio, dala gracias.

Levanta al niño, y se le presenta á Arabela: ésta le acaricia, y dice con la mayor expresion.

Arab. Hay placer que mayor sea
para una madre, que el ver
cómo su hijo se alimenta
con el pan que ella ganó?

Madama vá á beber el café, y tentando la taza la extraña.

Mad. Qué diablos de taza es esta?

Francisco mira á Arabela: esta baxa los ojos, y Madama sigue.

Mad. Cárlos, Cárlos?

Carl. Qué mandais?

Mad. Pregunto, por qué rareza
no me han traido mi taza?
veinte años hace que de ella
me sirvo, y la estimo mucho,
muchísimo; aunque no fuera
sino porque mi difunto
me la regaló de vuelta
de sus viages.

Carl. Dónde está
la taza?

Arabela hace señas á Cárlos de que Enrique tiene zapatos nuevos: él lo comprehende, y hace una exclamacion, y se sienta.

Mad. Qué, no hay respuesta?
qué es de mi taza de china?

Arab. Madre!... *Mad.* Vamos.

Arab. No quisiera
decíroslo; pero ayer...

Mad. Acaba.

Arab. Iba á ponerla
en la mesa, y.... se....

Mad. Se rompió?

Arab. Sí señora... Qué me vea
obligada hasta á mentir!

Mad. Todo va de esta manera.
Qué casa! qué casa!

Carl. Madre,
por Dios.

Mad. Cárlos, las postreras
palabras de tu buen padre
fuéron decir: tú te quedas
para cuidar de tu madre,
si te portas de manera
que pueda de tí quexarse,
esta bendicion se vuelva
en maldicion.

Carl. Madre mia! *con la mayor viveza.*
Mad. Sosiégate, no, no creas
que yo me quexo de tí.
Sabré llevar con paciencia
mis trabajos, y callar.
Enrique, lleva á tu abuela
á su quarto: allí hablarémos,
y ojalá que tu inocencia
me consiga distraer.
Vase, y el niño la lleva de la mano.
Francisco quita la taza, y se vá.

ESCENA X.

Cárlos y Arabela.

Carl. Triste de mí! mi imprudencia
hizo infelices á todos.
Sí, mi querida Arabela.
Yo te oculté mi conducta,
pero ya el cielo te venga.
Arab. Qué dices, Cárlos?
Carl. Conoce
mis errores porque puedas
aborrecer al autor
de tus desgracias.
Arab. No creas
que lo haga: de todos modos
te consolaré yo en ellas,
sea qual fuere la causa.
Carl. Yo vivía en la opulencia
quando conocí á Courville,
aquel jóven que te acuerdas
freqüentaba nuestra casa.
Tuvimos varias empresas
de comercio, y me mostró
tal providad y destreza,
que ganó mi confianza.
Ah, cielos! quánto me pesa
el haber sido tan crédulo.
Arab. Un hombre honrado se dexa
engañar muy fácilmente,
pues de ninguno sospecha.
Carl. Un dia vino ese aleve,
y con las mayores muestras
de amistad, me dixo: Cárlos,
la ocasion se nos presenta
favorable para hacer
un gran negocio. No resta
sino juntar un buen fondo,
y pues tu firma en Marsella
está tan acreditada,
yo buscaré lo que sea
necesario, firmarás,
y te prometo que veas
triplicado el capital.
Ay esposa! quán funesta
me fué mi credulidad.
Courville no dió la vuelta
al tiempo que prometió:
me ví cargado de deudas:
vendí todas mis alhajas
para pagarlas, y apénas
satisfice la mitad.
Ya ni crédito me queda,
ni caudal. Qué perspectiva
á mis ojos se presenta!
Miseria; infamia....
Arab. La infamia
es tan solo compañera
del delito, aquí no le hay.
Carl. En mi situacion adversa,
quién me podrá proteger?
Arab. La divina Providencia.
Carl. Ah! yo la imploro, y en vano.
Arab. Amado esposo, no ofendas
á ese Dios á quien imploras.
Confia en él: insta, ruega.
Carl. Arabela, qué esperanzas
puedo tener?
Arab. Las que muestra
la virtud. Son muy seguras,
aunque alguna vez suceda
se tarde su cumplimiento.
Quando tenias riquezas
no te empleabas gustoso
en socorrer la indigencia
de los demas?
Carl. Ah! mil veces
disfruté tan lisongera
satisfaccion.
Arab. Y serás
tan orgulloso, que creas
que no hay en el universo
quien sea capaz de una buena

accion sino solo tú?
Querido Cárlos, espera,
que aun hay hombres generosos
que de tu suerte se duelan.

Carl. Esta mañana encontré
á un sugeto.

Arab. Y esa nueva
me callabas?

Carl. Pero es
uno de quien no quisiera
admitir un baso de agua,
aunque una fiebre violenta
consumiese mis entrañas.

Arab. Quién es! Me causa extrañeza
tal expresion!

Cárlos guarda un momento de silencio, y despues mirándola con atencion responde.

Carl. Es.... Armand.

Arab. Dices bien: aunque sus prendas *con serenidad.*
son dignas de estimacion,
no es regular que admitieras
su favor.

Carl. Me vió en la calle, *siempre mirándola.*
y al punto el paso acelera
para encontrarme.... no pude
disimular mi sorpresa;
y él cogiéndome la mano
me detuvo... Quál idea
es la vuestra? pregunté,
y él respondió con las muestras
de la mas fina amistad:
Duval, si la suerte vuestra
necesita de un amigo,
os pido la preferencia.
Vos mi amigo? repliqué,
y él continuó: haced la prueba,
y advertireis si merezco
tal nombre... de nuevo estrecha
mi mano, y sin decir mas
se aparta de mí. Qué piensas
de este lance?

Arab. Que es Armand *con serenidad.*
un hombre honrado.

Carl. Pudiera *agitado.*
ser que aun te amase.

Areb. No sé, *con dignidad.*
pero aun quando así no sea,
me estimará.

Carl. Le has amado?

Arab. Para la pregunta esa
jamás he dado motivo.

Carl. No: pero dime Arabela, *con mas agitacion.*
le has amado?

Arab. Acuérdate
que ya á la pregunta mesma
respondí seis años hace;
y si entónces mi franqueza
me grangeó tu confianza,
no hay causa para que ella
me la haga perder ahora.

Carl. Perdona esposa.

Arab. No seas
tan ingenioso en buscarte
nuevos pesares, y cuenta
con mi amor. Ya soy tu esposa,
nuestra suerte es una mesma;
y así, léjos de quexarme
procuraré quanto pueda
aliviarte.

Carl. Ah! tu cariño
es el que mas me atormenta:
sin mí, tú fueras dichosa.

Arab. Yo á tu lado estoy contenta.
Anímate, amado Cárlos,
y busca alivio á tus penas
en los brazos de tu esposa,
y de tu hijo. No te acuerdas
de aquel venerable anciano,
que con la mayor tristeza
iba tras el ataud
de su hijo único.... Las muestras
de su dolor excitáron
tambien las lágrimas nuestras.
Entónces tú me dixiste,
aun hay hombres que padezcan
mas que yo, pues tengo esposa,
y tengo un hijo que sea
mi consuelo.

Carl. Sí: bien dixe,
mas sin embargo...

ESCENA XI.

Dichos, y Francisco con una carta.

Franc. A la puerta
me han dado esta carta.
Carl. Quién?
Franc. Un criado, y sin respuesta
se marchó.
Carl. Retírate. *vase Francisco.*

ESCENA XII.

Cárlos y Arabela.

Carl. lee. "El Banquero Welmant pa-»gará á Mr. Cárlos Duval, baxo su »recibo, la cantidad de veinte y qua-»tro mil francos. Quien le presta esta »suma se dará á conocer luego que la »fortuna del acreedor le permita pa-»garla."
Arab. Ves, Cárlos, como aun se en-
cuentran
corazones generosos?
Carl. Yo no sé quién darme pueda
un socorro tan quantioso!
Se queda un poco pensativo, y luego de pronto llega á Arabela, y dice mirándola atentamente, y enseñándola la carta.
Carl. Dí, conoces esta letra?
Arab. Yo...no la conozco. *sin atreverse á mirarla.*
Carl. No?
Mírala bien... Arabela, *con vehemencia.*
tú nunca me has engañado:
dí, conoces esta letra?
Arabela mira la carta, y se separa inmediatamente sin responder.
Carl. Es de Armand?
Arab. Dios Soberano!
Se cubre el rostro con las manos, y se va precipitadamente.

ESCENA XIII.

Cárlos solo.

Carl. Suya es! primero muera
que sus socorros admita.
Se sienta en la silla de su madre: calla un momento, y luego dice levantándose.
Pero mi familia entera
ha de perecer conmigo?
Venzamos esta verguenza.
Salgamos á publicar
nuestra situacion adversa.
Implorémos el socorro
de todos: sea quál sea
la mano que me le preste,
la besaré con terneza....
pero Armand... por ningun caso.
Dios eterno! dame fuerzas
para que á voces publique
mi desgracia, y mi miseria

ACTO II.

La misma sala que en el acto antecedente.

ESCENA PRIMERA.

Madama Duval, y luego Francisco.

Mad. Dónde habrán puesto mi silla?
Siempre de donde la dexo
me la quitan, de manera
que nunca encontrarla puedo.
Francisco?
Sale Francisco.
Franc. Aquí estoy. *Mad.* Mi silla.
Franc. Hablad un poco mas quedo.
la hace sentar.
Mad. Y por qué?
Franc. Porque mi ama
está durmiendo.
Mad. Durmiendo
á las doce? Qué desórden,
qué abandono tan completo.
Franc. Qué quereis, si el sueño vino
á estas horas?
Mad. Siempre el sueño
viene quando nada se hace.
Si habrán parado por eso

los reloxes que hay en casa.
Franc. Sí, búscalos. *aparte.*
Mad. Aunque tengo
el oido un poco torpe,
con todo, allá en el silencio
de la noche los oia,
y como casi no duermo
me consolaba. Mas ya
me han quitado este consuelo.
Y miéntras que el ama duerme,
los criados por supuesto
no estarán en casa?
Franc. En algo *aparte.*
ha de acertar. Todos ellos *golpes*
han salido... Cómo llaman. *dentro.*
Mad. No hay en todo el universo
casa mas desordenada. *siguen.*
Hombre, qué golpes son esos?
Franc. Están llamando á la puerta;
voy á ver quién es, y vuelvo
al instante. *vase.*
Mad. Anda con Dios.
Qué sequedad! qué despego!
Tomas era solamente
quien con algun miramiento
me trataba, pero dicen
que está en cama... Yo me encuentro
aislada entre mi familia:
ni me hacen caso, ni tengo
quien me dé conversacion.
Como sola en mi aposento,
y aunque alguna vez mi nuera
se sienta por cumplimiento
á mi mesa, bien conozco
que nada come, y muy presto
se marcha, y me dexa sola.
Suframos, pues no hay remedio.

ESCENA II.

Dicha, Francisco y Dupol.

Francisco hace como que quiere impedirle que entre: habla con voz regular, pero Dupol grita como un hombre desatento.

Franc. Repito que no está mi amo.
Dup. Repito que no lo creo.
Mad. Qué ruido es ese?
Franc. Ha salido.
Dup. Siempre me dicen lo mesmo,
pero hoy no se escapará.
Hasta la noche le espero
sin apartarme de aquí.
Franc. Señor, hablad por lo ménos
mas baxo, porque su madre
no lo entienda.
Dup. Y yo qué tengo
con su madre? Solo pido
lo que es mio, y no me debo
guardar de nadie.
Mad. Francisco,
quién es el hombre grosero
que grita así en una casa
de estimacion?
Dup. No es grosero
uno que viene á pedir
lo que le deben.
Mad. Qué es esto?
quién sois? qué es lo que pedis?
Habladme alto.
Dup. Soy el dueño
de esta casa, y solicito
el que me den el dinero
del alquiler.
Mad. Eso es justo;
pero con modos diversos
puede pedirse. Francisco,
dí á Cárlos que en el momento
pague á este hombre, y le despida.
Dup. Eso es lo que yo deseo.
Franc. Es que mi amo no está en casa.
Mad. Pues bien, que el señor casero
tenga paciencia, y aguarde,
ó vuelva mañana.
Franc. Es cierto,
mañana podeis volver.
Dup. No hay mas mañana que hoy mesmo,
se me paga, ó alboroto
todo el barrio.
Mad. Hay un sugeto
mas incómodo? Francisco,
dispierta á tu ama corriendo,
y que pague á este bribon.

Dup. Ola, bribon! bueno es esto.
Franc. Disimulad... Es que mi ama
no tiene la llave. *á Madama.*
Mad. Pero
que pague esa friolera
de sus alfileres: luego
la reintegrará su esposo.
Dup. Sus alfileres! no creo
que tenga muchos madama.
Mad. Qué dice?
Dup. Que yo no entiendo
de alfileres ni de agujas.
Me he informado por extenso
de cómo van los negocios
de esta casa. Con secreto
se van sacando los muebles,
y así...
Mad. Bribon, embustero.
sacar los muebles! Francisco,
ves llama á tu compañero,
y arrojad por un balcon
á ese hombre tan vocinglero.
Dup. Arrojad por un balcon!
Ese tono tan soberbio
viene mal con la pobreza.
Mas veo que pierdo el tiempo.
Voy á tomar mis medidas
para abreviar. Ya veremos
quién es el que ha de salir
por un balcon. *vase.*

ESCENA III.

Madama y Francisco.

Mad. Desde luego
será mi preciosa nuera
la causa de todo esto.
Franc. Qué injusticia! *ap.*
Mad. Ven acá,
se levanta apoyada en Francisco.
y ayúdame... Sí por cierto,
mi hijo haria el disparate
de fiarla que al casero
pagase, y ella en sus galas
habrá empleado el dinero.
Dan la vuelta dirigiéndose hácia el quarto, de modo que al salir Courville, están de espaldas á la puerta de la entrada.

ESCENA IV.

Dichos y Mr. Courville.

Courv. Nadie sale á recibirme,
y así me entro aquí.
Franc. Qué veo!
Perdonad, señor.
Quiere ir á recibirle, pero no se puede desasir de Madama.
Mad. Qué haces?
Franc. Voy á que este caballero
me diga...
Mad. Qué aun no se fué?
Courv. Cómo, señora, si llego
en este instante?
Francisco le hace señas de que no la haga caso.
Mad. Qué dice?
Hablad un poco mas recio
con mil diablos. No sabeis
que estoy sorda?
Courv. Yo lo siento,
pero sabed que es preciso...
Mad. El que os vayais al momento
de mi casa.
Courv. Yo, por qué?
Franc. Piensa hablar con el casero: *ap.*
Señora, atended por Dios.
Mad. Qué he de atender? Si cumpliendo
con mi órden tú le hubieras
molido á palos, no creo
que se atreviera á quedarse,
y aun á insultarme de nuevo.
Courv. Señora, sabed que soy...
Mad. Un impertinente, un necio.
Vaya, vamos á mi quarto.

ESCENA V.

Dichos y Enrique.

Enriq. Querida abuela, qué es esto?
con quién reñis?
Mad. Con ese hombre

que me ha faltado al respeto.
Ay hijo! si tú fueras grande!...
Pero quizas en creciendo
serás lo mismo que todos.
Vamos, Francisco. Yo tengo
que pensar en buscar casa,
y muy pronto: sí, á lo ménos
estaré en paz.
Vase con Francisco.

ESCENA VI.

Courville y Enrique.

Courv. Está loca
esta anciana?
Enriq. Qué habeis hecho
á mi abuela? Muy bien dice,
quando yo sea grande, creo
que nadie se atreverá
á ofenderla.
Courv. Vaya, que esto *ap.*
es gracioso: hasta el chiquillo.
Enriq. Vamos, corriendo
decid á lo que venis?
Courv. Señor valenton, teneos,
que no ofendí á vuestra abuela.
Enriq. De verás?
Courv. Sí: á lo que veo
me ha equivocado con otro.
Enriq. Bien puede suceder eso,
porque la pobre está ciega.
Courv. Ello es que sin fundamento
me ha dicho mil disparates.
Enriq. Con que no venis de cierto
á hacernos mal?
Courv No, hijo mio:
todo al contrario, deseo
vuestro bien con toda mi alma,
con toda mi alma.
Enriq. Lo creo,
pues pareceis un buen hombre.
Courv. Con qué serás segun eso
mi amigo?
Enriq. Yo! por qué no?
Courv Pues abrázame... Ah, yo creo
que estrecho á mi propio hijo
entre mis brazos!... qué sueño
tan delicioso!
Enriq. Qué fiestas
que me haceis? yo no me acuerdo
de haberos visto.

ESCENA VII.

Dichos, Arabela y Francisco.

Franc. Señora, *apart. los dos.*
este es aquel caballero
que me hablaba esta mañana.
Arab. Este es el anciano mesmo
que iba siguiendo el cadáver
de su amado hijo.
Enriq. Ah, ya veo
á mi mamá!.. No temais, *se llega*
que no viene con intento *á ella.*
de haceros daño. Mi abuela
se equivocó.
Arab. Aunque no puedo
adivinar el motivo
de esta visita, celebro
veros, señor, en mi casa.
Courv. Un amigo, que es sugeto
de la mayor providad,
me envia con el deseo
de informarse...
Arab. Permitidme, *le interrumpe.*
Francisco, lleva allá dentro
el niño.
Enriq. Por qué?
Arab. Es preciso.
Enriq. Bien: pero este caballero
me gusta tanto!..
Courv. Querido,
no os vayais.
Enriq. Sí: que no quiero
disgustar á mi mamá.
Vaya, otra vez nos veremos.
Abur.
Vase despues de acariciar á Courville.

ESCENA VIII.

Arabela y Courville.

Courv. Qué precioso niño!

Ah, señora, que consuelo
tendreis en él!

Arab. El mayor.

Courv. El mayor! muy bien lo creo.

No pudiendo contener el llanto.

Arab. Qué teneis?

Courv. Nada, señora:
nada. Vive el padre vuestro,
y el de vuestro esposo?

Arab. No:
pero á su madre tenemos
en casa.

Courv. Será esa anciana
tan colérica...

Arab. Yo os ruego
la disculpeis: está ciega,
y á veces muestra mal genio;
mas yo sufro con paciencia
sus rarezas, y me cuento
muy feliz en tolerarla,
y servirla.

Courv. Qué portento *ap.*
de virtud! Mucho amareis
á vuestro esposo.

Arab. Es sugeto
digno de que todos le amen.
Esposo sensible y tierno,
buen padre, y tambien buen hijo:
no tiene mayor deseo
que hacer feliz á su madre
á su hijo y esposa.

Courv. Oh cielos,
qué feliz mortal!

Arab. Feliz?..

Courv. Pues no lo ha de ser teniendo
madre, hijo y esposa?

Arab. Sí:
pero estos mismos objetos
sirven de darle mas pena.

Corv. No es posible, no lo creo!

Arab. La indigencia...

Courv. Nada importa.

Arab. Cómo?

Courv. Es un mal pasagero.
Se hallan hombres generosos
que presten algun consuelo.
Las riquezas se recobran,
pero en todo el universo
no hay quien me vuelva á mi hijo,
á mi hijo...

Arab. Compadezco
vuestra pena.

Courb. Sí señora,
En mí teneis un exemplo
de que no está en la opulencia
la felicidad: yo tengo
fama de hombre poderoso.
Ah, los hombres son muy necios,
no saben que no lo soy,
aunque mi caudal conservo!
No saben que mi hijo era
mi tesoro verdadero:
yo fuí causa de su muerte,
yo, yo mismo.

Arab. Santos cielos,
que decis!... Es increible.

Courv. Mi viage estaba dispuesto
para América. No quise
que mi hijo fuese, temiendo
los riesgos del mar. Quedó
en su patria, mas su genio
emprendedor, la aficion
que habia sacado al comercio
le hizo desobedecerme:
y así empleando el dinero
que le confié, pensó
en largos viages: en esto
volvia yo muy alegre,
pensando en aquel momento
de ver á mi amado hijo,
quando cerca de este puerto
escucho los cañonazos
de una nave, que pidiendo
estaba socorro. Al punto
se arroja el bote, y yo entro
sin saber por qué... Ay mi Dios!
aquel impulso secreto
de mi corazon, no era
en vano. A la nave llego,
que ya iba á pique: levanto
la vista, y en el momento
conozco á mi hijo que estaba
sobre la cubierta. El mesmo
me conoció, y se tiró

al agua para mas presto
poder llegar á mis brazos;
pero su amor indiscreto
causó su muerte.
Arab. Se ahogó?
posible es que no hubo medio
para salvarle?
Courv. Se hallaba
á mi lado el compañero
que llevé á mi expedicion,
y mirando los extremos
de mi cuidado, al instanse
se arrojó al agua; pero esto
fué en vano. Solo sacó
el cadáver... Con todo eso,
aquel rasgo de amistad
está grabado en mi pecho.
Sí, Armand, nunca olvidaré
tu nombre.
Arab. Armand! Santos cielos! *ap.*
Courv. Compadecedme, señora:
solo en todo el universo
he quedado: las riquezas
que con afan y desvelo
he juntado, no me sirven
de nada, yo desde luego
las daria todas ellas
por escuchar un acento
de la boca de mi hijo.
Decid al esposo vuestro
que no se juzgue infeliz
por mas que el destino adverso
le persiga. Verse solo,
verse solo sin remedio
es la desgracia mayor.
Quedad á Dios, pues no quiero
aumentar las penas vuestras
con mis lágrimas.
Arab. Teneos,
y escuchad.
Courv Nada, otra vez
os hablaré: yo no puedo
contener mi amargo llanto.
A Dios. *vase.*
Arab. Su dolor extremo
no le permitió decir
quál era en fin el objeto
de su venida. Con todo,
si ha nombrado á Armand, qué tengo
que dudar?... Pero mi esposo
se acerca.

ESCENA IX.

Dicha y Cárlos.

Arab. Cárlos, qué has hecho? *con cariño.*
Carl. Nada. *con despejo.*
Arab. Has encontrado...
Carl. Nada:
digo que nada. *con aspereza.*
Arab. Qué es esto, *con la mayor*
así me respondes? *dulzura.*
Carl. Ah! *como volviendo en sí.*
perdóname, que el exceso
de mi dolor me arrebata.
Areb. Tranquilizate.
Carl. No encuentro
ningun alivio: yo anduve
de casa en casa pidiendo
una ocupacion honesta
en que ganar el sustento,
con mi sudor: repetia
que hablaba por un sugeto
sumamente desgraciado,
y con muy pequeño premio
se contentaba. Mas todo
era en vano: son de yerro
sus corazones: figuras
humanas en el aspecto;
pero en el fondo son fieras.
Tú sabes, oh Dios excelso!
que jamás cerré mis puertas
al infeliz!
Arab. Veneremos
sus altos designios, Cárlos,
pero dime, á lo que entiendo,
no te has dado á conocer.
Pediste para un sugeto,
y callaste que tú eras.
Carl. Sí, amada esposa, confieso
que me ha faltado valor
para decir que yo mesmo
soy el infeliz.

Arab. Entónces
quéxate de tu silencio.
Podian adivinar
tu situa ion?

Carl Bien pudiéron
animándose por grados.
conocerla en mi semblante.
Pero quién no va cubierto
de unas ropas miserables,
y con tono lastimero?
las mas veces estudiado,
no sabe animar su ruego,
no excita la compasion.
Nunca el pobre verdadero,
cuyo pálido semblante,
da á conocer desde luego
la situacion de su alma,
halla piedad en el pecho
del poderoso. Ninguno
se detiene á ver aquellos
ojos en llanto bañados,
dexen morir sin consuelo
al tímido desgraciado,
á cuya voz pone freno
la vergüenza.

Se tira en una silla con el mayor extremo.

Arab. Esposo mio,
ten valor.

Carl. Ah, yo te ruego
que te retires!... Estoy
tan agitado.

Arab. Es muy cierto,
conozco que necesitas
de un instante de sosiego.
Procura tranquilizarte,
que yo volveré muy preste
á verte. *vase.*

ESCENA X.

Carlos la ve retirarse luego, y dice como fuera de sí.

Carl. Y qué, no tendré
absolutamente un medio
para aliviar á mi esposa
y á mi hijo? Dios eterno,
no habrá recurso ninguno
para conseguir!... Qué es eso?
Viendo entrar á Francisco.

ESCENA XI.

Dicho y Francisco con una carta.

Franc. Otra carta que han traido
para vos... Ay Dios, qué gesto!
Vase viendo que él la toma precipitadamente..

ESCENA XII.

Cárlos solo.

Carl. Muy bien conozco la letra.
Lee. "Supuesto que os interesais en »la colocacion de un hombre desgra»ciado, os aviso que en casa necesita»mos un joven que esté versado en el co»mercio, y sepa el ingles y el aleman.

Dice. Precisamente yo tengo
todas estas circunstancias.
Con alegría.

Lee. »Pero es preciso que este sugeto »no tenga obligaciones, y esté pronto »para marchar á la India oriental den»tro de quatro dias,"
En vano fué mi contento.
Oh, Dios! el primer camino
que me muestras, es cubierto
de espinas... Yo abandonar
á una madre á quien venero,
á una esposa á quien adoro,
y á un hijo... no: nunca puedo
abandonarlos... Con todo,
su subsistencia es primero.
se pasea.
Voy á la India oriental...
se detiene reflexîonando.
Infeliz! qué estás diciendo,
pues acaso tu partida
proporcionará el sustento

á tu afligida familia?
Triste de mí!
Se pasea con la mayor agitacion, y parándose casualmente frente de la ventana fixa la vista en ella y dice:
.... mas qué veo!
aquel es Armand?.. él es.
Se llega precipitadamente á la ventana.
Ahora le sale al encuentro
un anciano, y le detiene.
Se quita repentinamente de la ventana.
Dios mio, qué pensamiento
me sorprende!... Horrible idea
huye de mí!.. me estremezco!..
me horrorizo!..
Una corta pausa, y luego dice mas sereno.
.... mas por qué?
Estando ausente, estoy muerto
para mi esposa: sin mí
será feliz... y en efecto
deberá ser desgraciada
por qué yo lo soy?... No puedo
consentirlo... Armand, Armand.
Con resolucion llegándose á la ventana, le llama sacando quanto pueda la cabeza, y habla con las pausas correspondientes para figurar que el otro le responde desde la calle.
....
Sí, yo os llamo, subid presto
....
á mi casa: sí, á mi casa,
no os detengais un momento.
Venid, que os deseo hablar...
Se quita de la ventana.
Ya sube;... pero qué he hecho?
Yo la amo... por lo mismo:
el amor que es verdadero
se sabe sacrificar
enteramente al objeto
de su amor... este camino
es el único que encuentro;
No seré tan egoista
que le abandone.

ESCENA XIII.

Dicho y Francisco muy agitado.

Franc. Un sugeto
quiere...
Carl. Que pase adelante.
le interrumpe.
Franc. Pero, señor, os advierto
que es...
Carl. Ya lo sé: que llegue
sin detenerse.
Franc. Si es eso,
pasad adelante.

ESCENA XIV.

Cárlos y Armand.

Carl. Armand,
dadme la mano: deseo
que me escucheis.
Arm. Pronto estoy
en un todo á complaceros.
Carl. Muy bien lo sé: esta mañana
me ofrecisteis en efecto
vuestro favor.
Arm. A vos solo,
á vos como verdadero
y leal amigo.
Carl. Sí:
estoy convencido de ello.
Despues me habeis enviado
este papel. *se le enseña.*
Arm. Yo?... *como indeciso.*
Carl. No creo
que Arabela desconozca
vuestra letra.
Arm. Con efecto,
yo hice.....
Carl. Una accion generosa,
que conservará mi pecho
eternamente. Con todo,
aunque os admiro no puedo
admitir vuestra fineza.
Arm. Duval, confesais vos mesmo

quán puras son mis ofertas
y las reusais.
Carl. No tengo
vergüenza de que leais
en mi corazon. Sea esto
una vanidad ridícula,
un orgullo, ó todo aquello
que querais, no mudaré
de opinion. Sí: yo os protesto,
que vos de todos los hombres
sereis, Armand, el postrero
de quien admita un favor.
Arm. Qué capricho....
Carl. Deteneos:
un hombre que como vos
sabe quáles son los fueros
del honor, no dará el nombre
de caprichoso á un sugeto
que reuse el beneficio
de su rival.
Arm. Os advierto
que no lo soy.
Carl. Arabela
os ha amado en otro tiempo.
La accion que quereis hacer
os colocará en un puesto
tan elevado, que apénas
tuviera yo atrevimiento
para miraros.
Arm. Sabed
que los socorros sinceros
de la amistad, nunca humillan,
y así admitidlos.
Carl. Os vuelvo
á decir que no.
Arm. Duval,
vuestras desgracias yo creo
que ofuscan vuestras ideas.
Vuestro honor al mismo tiempo
exajera sus deberes,
y la virtud de ese pecho
aumenta vuestro infortunio.
Dais á mis ofrecimientos
un valor extraordinario,
y yo al contrario, los creo
muy naturales. El hombre
de aplicacion y talento
llega á recobrar un dia
quanto perdió. Mil exemplos
tenemos que lo acreditan.
La cantidad que os ofrezco
me es inútil: necesito
imponerla, y os prefiero,
pues la creo mas segura
en la casa de un sugeto
pobre y honrado, que no
entre las manos de aquellos
que son ricos, y no tienen
providad.
Carl. Hacer impuestos
en la casa en que no hay fondos,
es solo buscar rodeos
para ocultar el favor.
Arm. Esa cantidad os presto
al interes que gusteis
señalarla: querrá el cielo
que me la podais volver,
y entónces....
Carl. Yo no me puedo
determinar á mudar
de opinion.
Arm. Qué estais diciendo?
Teneis madre, esposa é hijo:
los amais con todo extremo,
y los dexais perecer.
Las señales que aquí veo
vuestra situacion me dicen.
Allí faltan los espejos,
aquí estas humildes sillas...
Esta mesa... están diciendo
que ya no hay recurso alguno.
Yo invoco en este momento
el amor de vuestra esposa
y de vuestro hijo: el respeto
de esa anciana, vuestra madre.
Contemplad los tres objetos
que perecen quando vos
pudierais bien socorrerlos
en aqueste propio instante,
si un pundonor indiscreto
no ligase vuestras manos.
Carl. Mi familia tendrá presto
el consuelo deseado:
yo soy solo quien no puedo

admitir el beneficio
que me ofreceis.

Arm. No os entiendo.

Carl. Armand: amais á mi esposa?

Arm. Esa pregunta....

Carl. Yo os ruego
me digais por vuestro honor
si la amais.

Arm. Cárlos, qué es esto?
Mudais de color... temblais...

Carl. Compadeced el extremo
de mi dolor, y decid
si amais á Arabela.

Arm. Quiero
responder á esa pregunta,
aunque el motivo no entiendo.
Mi corazon está puro,
y ningun remordimiento
turba la paz de mi alma.
Segun esto yo me atrevo
á responder con franqueza
que amo á vuestra esposa.

Carl. Pero
es una simple memoria,
ó vuestro amor es efecto
de una pasion decidida.

Arm. Quien supo por tanto tiempo
respetar como debia
las leyes del himeneo,
bien puede manifestar
enteramente su pecho.
Arabela fué algun dia
de mi corazon el dueño,
lo es, y siempre lo será.
Ahora que estais satisfecho
espero me respondais
con qué causa me habeis hecho
una pregunta tan rara,
que nos sirve de tormento
á los dos? No respondeis?

Carl. Valor, pues llegó el momento. *ap.*

Arm. Qué decis?

Carl. Esto ha de ser.

Arm. Aclaradme este misterio.

Carl. Armand, nuestras nuevas leyes
me suministran el medio
de salvar mi pundonor,
y proporcionar consuelo
á mi familia.

Arm. Las leyes!

Carl. Sí: las leyes, permitiendo
y autorizando el divorcio
rompen en este momento
los lazos que me estorvaban
manifestar quanto aprecio
á mi hijo, á mi esposa y madre.
Armand, ya vais á ser dueño
de la muger que jamás
debisteis perder.

Arm. Qué es esto?
Delirais?

Carl. No: prometedme
que cuidareis con extremo
de mi madre y de mi hijo.

Arm. Cárlos, qué decis.... Os ruego
que considereis.

Carl. Juradme
en nombre del honor vuestro
que hareis la felicidad
de Arabela.... pero esto
es inútil: como amante
la amais: como esposo y dueño
la adorareis.... esto basta,
no es menester juramento.

Arm. Cárlos, Cárlos, qué decis?
Sosegaos, y los consejos
de un amigo....

Carl. Serán vanos; *se levanta.*
estoy del todo resuelto.

Arm. A qué?... Pensareis acaso
en algun medio violento?

Carl. No, Armand... Deseo la muerte;
pero no seré tan necio
y temerario que quiera
anticipar el momento
de concluir mi existencia.
Dentro de poco me ausento
á la India oriental.

Arm. A la India?
Qué designio tan funesto!
En nombre de la amistad
te pido no huyas del seno
de tu familia. Si faltas
de su lado, qué consuelo

puedes esperar?
Carl. Aun queda
á mi esperanza un pequeño
vislumbre. Armand, en mi vida
volveré á pisar el suelo
en que he nacido: será
para siempre mi destierro.
Mas si mejora mi suerte;
pero si bendice el cielo
mis tareas: si algun dia
á mi antiguo estado vuelvo:
si la suerte me dá bienes,
os escribiré al momento
que me envieis á mi hijo
para que de ellos sea dueño.
Figuraos un anciano
solícito recorriendo
allá la orilla del Gánges,
y que con desasosiego
espera la feliz nave
que le ha de traer el consuelo
de estrechar entre sus brazos
á su hijo.... Vé de léjos
los mástiles de esta nave,
y ya palpita su pecho
de placer: ella se acerca,
llega al deseado puerto,
y al mismo punto aquel hijo
salta en tierra: va ligero
á los brazos de su padre....
Este en su rostro vé impresos
los rasgos de las facciones
de su madre, de aquel tierno
objeto de su cariño.
Ay Armand, si todo esto
me sucediese, aun pudiera
decir, me ha guardado el cielo
alguna felicidad
Arm. Ese delicioso sueño
os engena. Mirad
que tomais un rumbo opuesto
á la prudencia.
Carl. No, Armand,
repito que está resuelto,
voy á hacer las diligencias
necesarias al intento.

Se va como fuera de sí: Armand le detiene.

Arm. Cárlos, dónde vais así?
Carl. Aguardad que pronto vuelvo.

Le coge de las manos con el mayor afecto, y dice:

Consuelo de mi familia,
mira que un socorro lento
la será inútil.... á Dios.
Arm. No, amigo mio, yo quiero
acompañaros.
Carl. No tal,
al contrario, deteneos,
y salid despues que yo;
pero mirad que os espero
dentro de una hora.
Arm. Repito
que he de ir con vos.
Carl. No lo debo
consentir: mi honor exîge
que ninguno llegue á vernos
juntos. *vase precipitado.*

ESCENA XV.

Armand solo.

Arm. De ese modo, á Dios,
que luego aquí nos veremos.
Consuelo de su familia
me ha llamado, y en mi pecho
se gravó tan dulce nombre:
aspiraré desde luego
á merecerle: yo haré
de modo que por mi medio
vuelva este esposo infeliz
con tranquilidad al seno
de su familia, y entónces
tambien lograré el contento
de ver á su digna esposa,
á su esposa que amo tierno;
pero será esta visita
tan pura como lo fuéron
siempre nuestros corazones:
y me diré en el secreto
de mi alma, digno soy

del amor que tanto tiempo
me ha conservado Arabela.

ESCENA XVI.

Dicho y Francisco.

Franc. Mi amo se va, y queda dentro *ap.*
el amante de su esposa.
Arm. Francisco, mucho celebro
que hayais venido. Arabela
será sin duda un objeto
de vuestra estimacion.
Franc. Sí:
desde sus años primeros
la conozco; por lo mismo
en estos tiempos funestos
de pobreza me conserva
en su casa.
Arm. Estoy bien cierto
de que recompensaría
vuestra lealtad y zelo
si pudiese; mas la suerte
no la proporciona hacerlo,
y es justo que lo haga yo.
De este bolsillo sois dueño, *le da uno.*
conozco vuestras ideas,
y necesidad no tengo
de deciros mas: á Dios. *vase.*
Franc. Viva un hombre honrado: esto
es saber hacer las cosas
con dignidad y secreto.

ACTO III.

La misma decoracion que en los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

Armand, Courville y Francisco.

Franc. Señor Armand, deteneos
por vuestra vida: os repito
que mi amo no está en casa,
y estoy muy bien persuadido
de que mi ama sentirá
vuestra visita.
Arm. Francisco,
yo he de hablar á tu señora
precisamente ahora mismo.
Franc. Válgame Dios! Hasta ahora
os habiais conducido
con tanta honradez?
Arm. Acaso,
desconfias? Yo te afirmo
que soy....
Franc. Un hombre, sí: un hombre
que tuvo mucho cariño
á mi ama; que fué amado,
y quizás por esto mismo
viéndola tan afligida....
Arm. Francisco, yo solo aspiro
á su estimacion.
Courv. Armand *aparte.*
ama á esta señora!
Franc. Os digo
con franqueza, que á pesar
de todo, yo desconfio
de estas visitas que se hacen
en ausencia del marido.
Courv. Si me engañará! *aparte.*
Arm. No creas
que yo forme tan indignos
planes.
Franc. Que sé yo que diga,
pero si fuisteis conmigo
tan generoso pensando
otra cosa, al punto mismo
iré por vuestro regalo.
Courv. Vaya, es un bribon. *aparte.*
Arm. Francisco, *deteniéndole.*
detente. Dí á tu señora
que la quiero hablar.
Franc. De fixo:
dirá que no lo consiente.
Arm. Dí que su propio marido
lo permite.
Frnnc Yo no miento.
Arm. Es cierto lo que te digo,
y por mi honor lo aseguro.
Franc. De ese modo ya es distinto.
Mas si acaso me engañaseis...
Arm. Soy incapáz...

Franc. No replico.
Voy á llamar á mi ama. *vase.*

ESCENA II.

Armand y Courville.

Courv. Armand, no somos amigos
desde ahora.
Arm. Por qué no?
Courv. Porque con modos indignos
me engañais. Tomad allá
le dá unos papeles.
vuestras letras, y vos mismo
podeis hacer el regalo.
Arm. Yo mismo? Por qué motivo
os negais á complacerme?
Courv. Porque sí: lo dicho, dicho.
Vos me encargasteis viniese
á esta casa con designio
de saber la situacion
de esta familia. He venido,
y de lo poco que pude
averiguar os dí aviso.
Hecho esto, me proponeis
entregar á nombre mio
una cantidad muy buena.
Arm. Estoy muy bien persuadido
de que vuestro corazon
generoso y compasivo
se empleará muy gustoso
en está accion.
Courv. Ya he sabido
que amais á Arabela, y siendo
de este modo, está entendido
lo demas: á Dios.
Arm. Courville,
no ultrajeis á vuestro amigo:
sé las leyes del honor.
Courv. Pero tales sacrificios?
Arm. Los hace un hombre de bien;
y vos sabeis por vos mismo
el poder de la virtud.

ESCENA III.

Dichos y Francisco.

Franc. Salió lo que habia dicho.
Mi señora siente hablaros,
mas viendo que su marido
lo permite, va á venir
en el instante.
Arm. Francisco,
vuelve á tus amos la dicha,
y vuélveme de un amigo
la estimacion que perdí.
Franc. Yo, cómo?
Arm. Buscando sitio
para que este caballero
pueda escuchar, sin ser visto,
lo que yo diga á tu ama.
Franc. En este gabinetillo
puede escucharlo muy bien.
Arm. Entrad, Courville.
Courv. Yo admito
esa propuesta.
Se entra en una pieza que habrá á la izquierda.
Arm. Cuidado
me avises al punto mismo
que veas á tu amo.
Franc. Está bien:
mi ama sale; me retiro. *vase.*

ESCENA IV.

Arabela y Armand.

Arm. Que despues de tantos años
de triste ausencia, al fin miro
á Arabela!
Arab. Como esposa
de Duval me felicito
de recibir la visita
de mi verdadero amigo.
Arm. Ese título señora...
Arab. Siempre le habeis merecido,
y hoy me disteis una prueba
de esta verdad. Os explico
mi gratitud como esposa,
y como madre.
Arm. Imagino
que una oferta despreciada...
Arab. Siempre será un beneficio
que se debe agradecer